

NORESTE DEL PACÍFICO: REAJUSTE PARA EL FUTURO

OMAR MARTÍNEZ LEGORRETA

El Colegio de México

UNO DE LOS ESPECTÁCULOS más interesantes que se ofrecen hoy día en la política internacional, lo constituyen los esfuerzos en que se encuentran enfrascadas las grandes potencias para formular sus políticas de seguridad interna e internacional para la década de los setenta. No es muy fácil reestructurar el esquema de relaciones internacionales que se estableció durante los años de la guerra fría y que al menos en sus grandes lineamientos, permaneció inmutable por dos décadas. Un reajuste a las actuales condiciones y a los grandes cambios ocurridos resulta vitalmente indispensable.

Quizá en ninguna otra parte esos esfuerzos son tan interesantes como en la región del globo terráqueo en que coinciden las fronteras físicas de cuatro de las principales potencias. Esa región es el noreste del Pacífico, donde la masa continental de Eurasia que pertenece a la Unión Soviética toca los bordes de Alaska en los Estados Unidos, donde una de las mayores fronteras terrestres divide a la Unión Soviética de la República Popular China, y donde el archipiélago "festón" de las islas japonesas casi roza la península de Kamtchatka en el norte y la península de Corea en el sur.

Las relaciones del cuadrilátero muestran cierta tensión conforme se avanza en el camino de afianzarlas y hacerlas menos explosivas. Sin embargo, algunas de las combinaciones pueden llegar a ser duraderas. Para empezar diremos que, después de su largo abandono, se empieza a hacer evidente un entendimiento sino-norteamericano y el presidente

Nixon trata de establecer mejores relaciones con China; ésta, a su vez, parece mostrar interés en mejorar sus relaciones con Estados Unidos y así poder influir la política norteamericana que busca un acercamiento con la Unión Soviética. La pronta solución y la retirada de los Estados Unidos del conflicto del sudeste de Asia hará desaparecer un motivo muy importante de fricción. Quedaría por solucionar el ya no tan intratable problema de Taiwán, que podría ser por algún tiempo el escollo principal para llegar a mejores relaciones.

Por el momento parece ser que no es posible un entendimiento sino-soviético. Tal cosa ocurriría sólo si se dieran cambios importantes en los regímenes de Moscú o Pekín; sin embargo, el problema fronterizo puede durar y sobrevivir a muchos regímenes en ambos lados. Además, el conflicto ideológico con sus fases agudas de la última década ha acumulado un considerable legado de resentimientos muy difíciles de borrar. Es posible que se llegara a dar una cierta colaboración sino-soviética en asuntos particulares, pero no creemos que se vuelva a la cerrada alianza de los años cincuenta. Para esta década de los setenta es necesario contar con que las relaciones entre la Unión Soviética y China serán el punto principal de fricción entre las potencias del área.

Los Estados Unidos y la Unión Soviética han encontrado ciertas bases de entendimiento mutuo para mejorar sus relaciones. Por ejemplo, reconocen su interés común en evitar una guerra nuclear, y se han trabado en una activa serie de negociaciones como el Tratado de Limitación de Armas Estratégicas (SALT), Berlín, el Medio Oriente, etc., y han llegado a una cooperación tácita en relación con China y el subcontinente indio, así como en la UNCTAD. Sin embargo, hasta donde es posible asegurarlo, las relaciones soviético-norteamericanas no han concertado ninguna alianza contra China, ni han convenido en algún sistema de hegemonía conjunta o en condominio en la región del Pacífico norte. Tanto los Estados Unidos como Rusia se dan cuenta del valor y la importancia que tiene China como un contrapeso

en el poderío respectivo. Esto parece haber quedado demostrado con la neutralidad de los Estados Unidos en los conflictos fronterizos de China con la Unión Soviética, y por los rusos al ayudar a defender la frontera estratégica de China en Vietnam del Norte. En virtud de su preeminencia estratégica, Estados Unidos y la Unión Soviética tienen aún mucho que temer uno de la otra, más que de cualquier otra potencia; si la relación sino-soviética es el punto principal de fricción entre las grandes potencias, la relación soviético-norteamericana es la más tensa de las que presenta la región.

El cuarto factor es el que representa Japón. El tipo de relaciones internacionales que empieza a poner en práctica en la zona es hasta cierto punto una novedad en la materia, y está totalmente de acuerdo con su capacidad, importancia económica y futuro. La posición de Japón como el tercer país más rico del mundo ha acelerado su crecimiento en importancia política concomitante. Este hecho también ha incrementado notablemente sus posibilidades y fuerza para entrar en negociaciones, como quedó demostrado en las que desarrolló con los Estados Unidos y que condujeron a la devolución de Okinawa, así como también la situación de relativa independencia dentro del marco del convenio de seguridad firmado entre ambos países.

Aquí conviene recordar la atención especial que se le ha dado a la posibilidad de que Japón se convierta o no, por necesidad de sus intereses y poderío económicos, en una potencia militar. Este asunto es el que confiere especial importancia al experimento que se lleva a cabo en esta región del Pacífico norte. Mucho se ha escrito sobre esta posibilidad y numerosos son los especialistas que parecen inclinarse por la opinión de que es inevitable que Japón escoja convertirse en otra potencia nuclear. Nosotros pensamos que no existe tal inevitabilidad, aunque se de la disyuntiva en la elección. Pensamos que la vitalidad de la industria japonesa es tal que no necesita del puntal de una fuerte "ala armamentista" para mantener su nivel de crecimiento.

Aun cuando la tasa de crecimiento de Japón no alcanzara un promedio del 11% anual en la presente década, como lo logró en la pasada, su posición económica con relación a las otras grandes potencias será considerablemente mejor. Más aún, si sus gastos de defensa no llegaron a ser más que el uno por ciento de su PNB, como está considerado en su Cuarto Plan de Defensa para los años 1972-1976, la tasa de crecimiento posible de Japón asegura un sustancial crecimiento absoluto en ese renglón. Es verdad que varios factores dan al problema de la defensa una prioridad muy alta: la reaparición del sentimiento nacionalista, la creciente importancia en la vida japonesa de una generación menos afectada por el recuerdo de la derrota, la aparición del problema de la defensa nacional como un tema de discusión y estudio públicos, y los problemas de seguridad que se le presentan a Japón conforme avance hacia una total independencia de los Estados Unidos en esa materia, el crecimiento del potencial nuclear de China y también la relativa inseguridad de los intereses económicos japoneses en algunas partes de la región.

Pero pese a esos y otros problemas, Japón ha escogido ser una gran potencia económica y política, pero no militar. Es decir, una superpotencia pacífica. En esto los representantes japoneses en las Naciones Unidas y sus gobernantes hablando ante la Dieta japonesa han anunciado que Japón desea llevar a cabo "un experimento totalmente nuevo en la historia del mundo". Esto requiere un nuevo tipo de diplomacia y una exquisita sensibilidad, a más de un sentido realista frente a los otros países en el área. La oportunidad de que Japón se convierta en factor de equilibrio entre las potencias de la región no debe desestimarse. En verdad hay motivos para pensar que este experimento puede traer como consecuencia un nuevo tipo de modalidad propuesta para la supervivencia del futuro. Algunos ejemplos de la nueva política exterior japonesa pueden ilustrar el punto.

En sus relaciones con la Unión Soviética se han revivido algunos problemas que a nivel político habían quedado en suspenso por sus implicaciones. Entre otros, la cuestión de

las reivindicaciones territoriales de Japón de las islas Kuriles, en especial de las islas Itrup y Kunashir al norte de Hokkaido. El asunto está ligado al de la firma de un tratado de paz entre ambos países ya que, técnicamente, aún subsiste el estado de guerra entre la Unión Soviética y Japón. Se ha puesto en evidencia la buena voluntad de ambas partes y las negociaciones se han abierto y se encuentran encaminadas para lograr el tratado de paz y el arreglo de la devolución de las islas, problema que se trató por última vez en 1954. Indudablemente, el interés que han mostrado los soviéticos en reabrir las negociaciones tiene que ver con la reciente restauración de relaciones entre China y Japón, así como con el reiterado interés de Rusia por la colaboración económica de Japón para la explotación petrolera de los campos de Siberia, la construcción de un oleoducto desde aquella región hasta los puertos rusos más al sur, la posible inversión conjunta para la explotación de ricos yacimientos minerales en Sakhalín y las propias islas Kuriles, etc. Naturalmente, el interés ruso se ha visto correspondido por los japoneses que desean desarrollar otras fuentes de materias primas más cercanas a sus instalaciones industriales.

Igualmente importantes son las posibilidades de colaboración económica que se han abierto con la normalización de relaciones entre China y Japón. No sólo se ha asegurado China de una vital relación para el suministro de maquinaria y equipo para su creciente industria, sino también en el campo de las inversiones conjuntas en el que China parece estar dispuesta a volver a intentar el experimento con modalidades muy peculiares. En este asunto ambos países proceden con gran circunspección y no sin muchas reuniones.

De cualquier manera, la preferencia al intentar otros tipos de relaciones, fuera de las meramente políticas en la región, de las potencias interesadas no es exclusiva de Japón; los Estados Unidos y la Unión Soviética también intentarán la cooperación económica. Ante el interés demostrado por los soviéticos, los norteamericanos han correspondido concurrentemente para iniciar la explotación conjunta de otros importantes yacimientos petroleros en Siberia. La crisis mun-

dial por la que atraviesa actualmente la industria y el suministro de energéticos ha tenido mucho que ver con el acercamiento de mutua conveniencia en ese campo de las potencias del área.

Parece claro que los Estados Unidos seguirán vitalmente interesados en el equilibrio de poder a escala mundial y por lo tanto en sus relaciones con la Unión Soviética, China y Japón. Pero esa preocupación no exige necesariamente la intervención de los Estados Unidos para resistir la agresión o detener al comunismo en áreas particulares de la región. Las intervenciones norteamericanas en Corea e Indochina fueron motivadas no sólo por el interés en el equilibrio del poder mundial, sino también por razones legalistas e ideológicas que ya no tienen la misma fuerza entre el pueblo norteamericano. Esto y la creciente necesidad del equilibrio económico y la supervivencia mundial han impulsado a los Estados Unidos a buscar en la región un nuevo tipo de contribución para un futuro más estable.

En cuanto a Japón, no creemos que sea inevitable que elija convertirse en una gran potencia militar, en esta década o en el futuro. Los líderes japoneses están muy conscientes de la oposición que encontrarían en su propio pueblo y en el área, así como de los problemas que se le crearían a Japón en sus relaciones económicas y políticas con otros estados. No vale la pena especular siquiera sobre la manera en que afectaría a las otras potencias del cuadrilátero que Japón se convirtiera en una gran potencia militar. Por otra parte, resulta claro que en otras cancillerías de los países del área y del sudeste de Asia, quieran todavía considerar seriamente la posibilidad de que Japón se convierta en una superpotencia económica, política y estratégica. Sin embargo, las potencias medianas de la región, en diferentes grados y de distintas maneras, consideran que sus intereses quedan mejor resguardados con la preservación de un equilibrio entre las cuatro grandes potencias. Con seguridad se sentirían amenazadas si en la región llegara a dominar una sola potencia, y por lo tanto consideran que algún sistema

de contrapesos sería la condición de su propia seguridad y libertad de movimientos.

China y la Unión Soviética son los "lados" difíciles en el cuadrilátero por lo que a sus relaciones toca. Sin embargo, el interés y las negociaciones en que se encuentran trabadas con los otros "lados" implican la posibilidad de restringir, ayudar a prevenir o solucionar las situaciones de emergencia que pudieran aparecer entre estas dos potencias. Tanto unas como otras se dan perfectamente cuenta de la importancia de crear una nueva situación y condiciones para la convivencia pacífica en el área, y todas parecen estar de acuerdo en poner de su parte lo que corresponda para ello. No es aventurado decir que el noreste del Pacífico es hoy el punto más importante para observar su desarrollo y para entender mucho de lo que se empieza a entrever como el futuro.